



MOROS Y CRISTIANOS

Influencias mútuas entre las civilizaciones
musulmana y española

POR

FRANCISCO CANTERA BURGOS

Catedrático de la Universidad Central

Excelentísimos e ilustrísimos señores, compañeros, señoras y señores:

No sin la más viva emoción he pisado de nuevo aquella Oviedo que, en el verano de 1934, despertó en mi tan gratos sentimientos y cautivóme horas enteras en las bellezas y recuerdos históricos de su Cámara Santa. Aquella Oviedo, he dicho. Sin embargo, bien inexactamente, pues ¿qué queda de la entonces floreciente capital astur, de su riqueza arquística, de su alegría y arreos? Poco, en verdad; más, no obstante ¡cuán de otra manera entramos hoy en ésta, ahora como nunca, *muy noble, muy leal, benemérita, heroica e invicta ciu-*

dad, convertida toda ella por obra y gracia de sus laureados hijos y combatientes en Cámara Santa del más acrisolado patriotismo; y con qué sobrecogimiento tan hondo de respeto y admiración nos ponemos en contacto con sus martirizados habitantes, vosotros, que hicistéis del heroísmo más sublime algo consustancial y habitual en el vivir torturado de inacabables meses, en que, día a día, nos sacudistéis a todos los españoles con la más recia conmoción!

Cuadrado ante ese heroísmo—que simbolizáis bien en los nombres benditos del cultísimo General Aranda y el sin par Comandante Caballero—, e inclinado a la vez ante vuestros dolores—que han sido y son nuestros también—me presento ante vosotros, confiado en vuestra benevolencia, con un trabajo que las circunstancias han querido tuviera yo que hacer compatible con otras ineludibles tareas, de un modo apresurado y careciendo de los elementos precisos para acometerlo.

Ciertamente, ni mi insignificancia, ni mi consagración al árido magisterio lingüístico y el hallarme enfrascado en trabajos de archivo harto alejados de los estudios arábigos aconsejaban interviniera yo en este acto solemne. Sin embargo, invitado amablemente con reiteración por quienes, con mirada de amigos (como habéis visto en las palabras del Sr. Rector), no supieron advertir en mí esos inconvenientes, no he podido sustraerme al requerimiento, aun conociendo mis escasas fuerzas. Y ello en atención además a venir el llamamiento de la Universidad de Oviedo—la universidad de primera línea, la que supo como ninguna batirse y librar al unísono del corazón popular en esta gesta epopéyica—, y para un acto que encierra un simpático sentido de confraternidad y adhesión cariñosa al ejército y pueblo marroquí, a esos hermanos de África que—ganados al trato noble y aun paternal de nuestros invictos militares africanos—supieron, al toque de clarín de nuestro egregio Caudillo, y en una entrega

generosa y sin tasa, abandonar patria, familia y bienes por acudir a esta ingente cruzada de civilización y espiritualismo.

Voy, pues, a hablaros del tema *Moros y cristianos: influencias mútuas entre las civilizaciones musulmana y española*.

Se ha dicho bien (1) que, siendo España una península entre dos abiertos mares, ofreció, desde los más remotos tiempos, acceso fácil a todos los pueblos dominadores; y, situada, además, entre dos grandes continentes, europeo y africano, por ella tuvieron que pasar los pueblos guerreros en sus marchas invasoras. A causa de esto, sin independencia durante muchos siglos, ha sido griega, fenicia, romana, goda, según el señor que la rigió. En el siglo VIII, tocóle, en fin, la última invasión duradera, la árabe.

Este pueblo, aunque atrasadísimo y salido de una península asiática paupérrima y separada por desiertos de todo foco de civilización, logró dominar multitud de fértiles y cultas comarcas, que habían formado parte del imperio romano, desde la India a Finisterre. El musulmán impuso su religión a estos pueblos subyugados (persas, sirios, egipcios, bereberes y españoles), mas hubo de aceptar de ellos las formas de su organización política y tuvo que asimilarse su cultura y civilización, así como, al reunir bajo su imperio países tan distantes, provocó, en la fusión de los elementos culturales de las civilizaciones anteriores, la formación de una nueva, que suele denominarse árabe.

Tal ocurrió especialmente en dos pueblos colocados en los extremos de ese imperio musulmán: el pueblo persa y el pueblo español.

El hecho es bien sabido: España fué en la Edad Media para las culturas arábica y judía metrópoli de un resurgir tan

(1) Vide Julián Ribera, *Disertaciones y Opúsculos*, tomo I. Madrid-1928, págs. 461 a 465, que resumimos.

espléndido que él constituye una segunda edad áurea de ambas literaturas. Y es que esta gloriosa patria nuestra, ya que las circunstancias históricas la forzaron a producir hijos de ambas razas y religiones extrañas, siempre grande y fecunda, no quiso contentarse con engendros mediocres y fué madre de los ingenios más eximios de que árabes y judíos pueden ufanarse.

Ahondemos un poco en este acontecimiento singular. Todos sabéis que el contingente de invasores musulmanes fué bien exiguo. Doce mil hombres primero, según Almacari; luego diez y ocho mil. Su primer intento no era establecerse aquí. Ibn Adhari declara que, sometida nuestra Península, el califa de Oriente proyectaba evacuar el territorio, por quedar en él los musulmanes «demasiado separados de sus hermanos y demasiado en contacto con los infieles y los enemigos de Dios».

Instalados, sin embargo, definitivamente, ya comprenderéis que aquel escaso número de guerreros, compuesto, al parecer, en su mayoría de bereberes africanos encuadrados por algunos jefes árabes, no podían pretender el poblar país tan extenso como España. Hubieron, pues, de respetar en gran parte la organización de la población cristiana y sus antiguos cuadros administrativos y hasta sus autoridades civiles, judiciales, eclesiásticas.

Como vemos, nada tan absurdo cual la vieja opinión de que en la España musulmana, conquistados los principales centros de vida romano-goda (Hispalis, Córdoba, Mérida, Toledo, Tarraco, Cesaraugusta), la romanidad pereció en seguida, y que allí todo el mundo, o poco menos, sólo hablaba el árabe.

Ni es menos falsa la idea de considerar esa España como ocupada y poblada por árabes. Es cierto que hubo, al correr de los años, muchas infiltraciones de ellos, sobre todo sirios y palestinos, mas fueron poco numerosas, habida cuenta de

la masa berebere y sobre todo africanas. Según los cálculos más probables, sólo una mitad de la España conquistada era musulmana. El resto componíase de cristianos y judíos. Y entre los musulmanes mismos, la mayoría de la población era de origen bereber o español. Por eso resultan poco exactas las expresiones *civilización árabe*, *arte árabe*, aplicadas a la civilización y al arte de la España meridional en la Edad Media.

La aclimatación en ésta de dichos contingentes fué obra lenta. Según Mohámed ber Hazam «la dinastía omeya era verdaderamente árabe», alegando como prueba que sus representantes «continuaban habitando las mansiones y propiedades donde residían antes de hacerse califas, sin inquietarse ni por acumular riqueza ni por construir palacios; sin exigir a quienes les hablaban que les tratasen en plan de señores, ni demostraciones serviles, como besar la tierra, la mano o el pie».

Ese desdén por el ceremonial cortesano, ese desprecio del hijo y sobre todo de la magnificencia en la edificación, delatan al devoto musulmán y, especialmente, al nómada habituado a vivir bajo la tienda. Para el historiador Ibn Ialdún—por otra parte—civilización equivale a vida sedentaria y lujo, y esto, al mal personificado.

Sin embargo, los descendientes del omeya siríaco Abde-rráhmen I, trasplantados a España, acabaron por admitir una cierta civilización e incluso por protegerla.

Y es que, en primer lugar, la raza se adulteró pronto en ellos. Constantes cruces con mujeres bereberes, ibéricas o visigodas, produjeron otra raza que, sin ser por completo española, a la tercera o cuarta generación, tenía bien poco de árabe. La mayor parte de los califas eran bermejos o rubios de ojos azules, lo cual parece indicar el predominio de sangre berebere o visigótica; y algunos de ellos, orgullosos de su origen, se teñían de negro como para mejor afirmar su ascendencia arábiga.

Los primeros emires de España no se muestran muy solícitos de refinamientos de la vida civilizada. Sólo a partir de Abderráhmen II comienzan a imitar el lujo oriental, como queriendo eclipsar a la corte de Bagdad, donde imperaban sus rivales, los asesinos de sus abuelos. Sometida a influencias persas, Bagdad era entonces modelo de todas las elegancias para el mundo musulmán, y de allá hizo venir el emir cordobés, v. gr., al célebre músico Ziriab, para dar buen tono a su corte, no sólo en materia de música y poesía, sino de moda, vestido y urbanidad.

El clima andaluz iba por otro lado, enmollecendo a los hijos de aquellos rudos guerreros, que, paulatinamente, fueron también entregándose al vino, la danza, la música y la caza, bien poco compatibles con la ley de su Profeta.

Así llegó la décima centuria, en sentir de Menéndez Pelayo «el más oscuro, bárbaro y caliginoso de los siglos». Lo es, sin duda, para nuestra España, absorbida por afanes guerreros contra el invasor. Pero la afirmación de don Marcelino no sería justa aplicada a la España no cristiana, pues bastaría indicar en contrario que es el siglo en que Abderráhmen III—un nieto de navarros—inaugura en 929 el brillante califato de Córdoba, ciudad que bajo su gobierno y el de su sucesor Alkáquem II vino a ser uno de los centros más civilizados del universo, ya por su abundante población, sus parques, palacios y mezquitas espléndidos, sino también por su organización política, su orden social, su derecho, sus bibliotecas y sabios de toda ciencia.

Entonces fué cuando se inició pujante aquel renacer cultural a que aludíamos, tan importante que, al decir de Ribera, si suprimís la ciencia islámica española, queda suprimida casi la mitad de la historia de la cultura musulmana.

No siempre la crítica lo ha reconocido así, (1)

(1) Cp. Ribera, *ib.*, p. 464 y ss.

Hubo una época, la del resurgir científico de los siglos XII y XIII, en que predominó una sincera y exaltada admiración a la ciencia y literatura árabes y peculiarmente a la española. Esta devoción llegó a tal extremo, que vino a suscitar protestas vivas de aquellos europeos, que, como Petrarca, deseaban continuar exclusivamente las tradiciones clásicas.

Aun fueron más duras estas quejas en la época del Renacimiento del siglo XVI, durante la cual prevaleció la opinión del escaso valor de lo musulmán, hasta tal punto que se tuvo por bochornoso el haber sufrido sus influjos...

Pero más adelante, en el siglo XVIII principalmente, con el progreso de las investigaciones históricas, inicióse una reacción favorable a la cultura arábiga, siendo nuestro sabio jesuita P. Juan Andrés, uno de los principales representantes de la tendencia reivindicadora de la literatura árabe.

Con espíritu amplio, fué poniéndose otra vez de relieve la gran influencia que en Europa había ejercido el saber de los musulmanes españoles. Mas entonces surge una sectaria desviación de este justiciero sentimiento admirativo y los manipuladores de la leyenda negra antiespañola entran en juego, poniendo los enciclopedistas en circulación mil prejuicios que toda una literatura de partido ha divulgado.

Son muy justas a este respecto unas apreciaciones del hispanófilo francés Louis Bertrand en su *Histoire d'Espagne*, (1) menos divulgada y loada de lo que merece. Dice así:

«A fin de aumentar el crimen de los españoles católicos se ha sobreestimado de manera absurda y ridícula la civilización de los musulmanes de España. Es bien sencillo: se ha decretado que los musulmanes representaban la civilización y los españoles la barbarie».

En esto ciertos historiadores llegan a lo cómico, cual

(1) París, 1932. De esta interesante Historia, hemos tomado a menudo acertadas apreciaciones en este nuestro trabajo de divulgación.

sucede a veces a Dozy, holandés descendiente de hugonotes franceses y afamado autor de la *Histoire des musulmans d' Espagne*.

Al igual que los filósofos rousseauianos del siglo XVIII, en desprestigio de la colosa empresa realizada por los españoles en América, inventaron al *inca* como tipo del salvaje bueno, lleno de inocencia y virtud y heredero de una civilización odiosamente aplastada por la barbarie de nuestros conquistadores; del mismo modo otros como Chateaubriand idealizaban en el último *abencerraje* al caballero perfecto, hombre de fe, amante de una fidelidad sublime, guerrero sin miedo y sin tacha.

En esa posición que denuncia Bertrand hallaréis a muchos de esos bastardos hijos de España, cuyo crimen estamos lavando en torrentes de sangre. Baste os cite a ese repulsivo Gonzalo de Reparaz, autor en 1929 de un folletón «*Sobre la falsificación de la Historia de España*», falsificación que, según él, se debe a un odio brutal hacia la cultura islámica y los pueblos que la vivieron.

Frente a tal actitud, antihistórica, hay otra ponderada, culta e infinitamente más respetable. Es la que refleja nuestro querido maestro D. Julián Ribera, cuando escribe: (1)

«Yo creo que estamos ya a distancia histórica bastante alejada de aquellas edades para olvidar todos los resquemores de las antiguas luchas y apreciar con serenidad y espíritu de justicia los hechos pasados. Además, si ese espíritu... nos obliga a todos a confesar los méritos de naciones extrañas y nos permite la serena admiración de las civilizaciones extranjeras, con mucho más motivo no debe excluir la confesión de los méritos de los españoles. Porque... españoles fueron los musulmanes de la Península, españoles de raza, españoles de

(1) Loc. cit., p. 467.

lengua, españoles por su carácter, gusto, tendencia e ingenio.»

Para una persona imparcial y sin prevenciones tan español ha de ser Abderráhmen III como Trajano, y Averroes como Séneca y el poeta popular Abencuzmán como Marcial. «Y los méritos de nuestros musulmanes—concluye el maestro—debemos considerarlos como caudal propio nacional, español; ellos, por sus virtudes cívicas, hicieron de la España meridional la nación más bien regída, más poderosa, rica y culta del continente europeo en la primera mitad de la Edad Media, y por sus dotes de ingenio sobresalieron de tal modo en las empresas del espíritu que crearon una peculiar cultura española... sin ejemplo en ninguno de los periodos anteriores de la historia de España.»

Esto es lo que con maestría singular viene aquilatando un grupo de catedráticos que en sus investigaciones han acometido la noble tarea de reivindicar para el haber patrio los créditos culturales que le son debidos en sus relaciones con los demás pueblos. Me refiero a la benemérita escuela de arabistas española, que tanta gloria han conquistado para España en todo el mundo: el bondadoso patriarca de aquella Code-ra, y nuestros inolvidables maestros Ribera y Gaspar Ramiro, y el cultísimo Asín, sin rival en los estudios de teología y filosofía musulmanas. Y con ellos González Palencia, García Gómez; los agustinos Antuña, Morata, López Ortiz, etcétera, etcétera.

Algún día habrá que valorar la parte que los estudios de estos sabios nuestros, magistrales de imparcialidad, devoción y cariño hacia el árabe y de hondo saber y erudición vastísima, han tenido en ese ganarse el corazón del pueblo africano (cuya explosión de españolismo admira hoy el mundo) y del árabe culto en general.



Siguiendo a tan doctos maestros y compañeros, quisiera ahora bosquejar ante vosotros el cuadro de ese cultural florecimiento hispano-musulmán y su influjo en la civilización española, y por ella en la europea.

Era natural que la brillante civilización del califato, a que antes aludimos, ejerciera atracción en los cristianos del norte, como actuó también en el pueblo judeo-español, en el cual supo suscitar un asombroso renacer de las ciencias y las letras. Las relaciones que Norte y Sur mantenían eran íntimas, como lo pedían las exigencias naturales del contacto y la vida próxima. (1) Los habitantes de la España musulmana eran bilingües, hablaban tanto el árabe como la lengua vulgar romance; mantenían activo comercio con nuestros reinos cristianos, se visitaban y enviaban embajadas mutuamente, y tenían además, como más íntimo medio de relaciones y comunicación, no sólo los esclavos de uno y otro bando, sino los enlaces matrimoniales, que debieron ser muy frecuentes, si consideramos que los invasores vinieron formando cuerpos de ejército y no tribus. Abundaban dichos matrimonios incluso en las clases aristocráticas; así una nieta de Íñigo Arista casó con el príncipe cordobés Abdála, siendo ambos abuelos de Abderráhmen III; Almanzor desposó con una princesa cristiana y Alfonso VI tuvo, entre otras mujeres, a Zaida, hija del rey abadí de Sevilla. Los sentimientos religiosos no fueron barrera infranqueable en contrario, como no bastaron a evitar que en las guerras aparecieron frecuentemente mezclados cristianos y musulmanes en los ejércitos combatientes. Hasta reyes cristianos, como Pedro I de Aragón, firmaban en árabe.

Lógico es pensar que siendo las relaciones tan continuas, los influjos no serían raros, y, como es natural, quienes los recibieron con mayor intensidad fueron los mozárabes o cristianos arabizados. Oigamos lo que dice Alvaro de Córdoba, el amigo íntimo de San Eulogio y alentador de los mártires cristianos:

«Muchos de mis correligionarios leen las poesías y cuen-

(1) Cfr. A. González Palencia, *Historia de la España musulmana*, 2.ª edic. 1929, p. 187, y sigs.

tos de los árabes y estudian los escritos de los teólogos y filósofos mahometanos, no para refutarlos, sino para aprender cómo han de expresarse... con más elegancia y corrección. ¡Ah! Todos los jóvenes notables por su talento sólo saben la lengua y la literatura de los árabes, leen y estudian celosamente libros arábigos; a costa de enormes sumas forman con ellos grandes bibliotecas, y por donde quiera, proclaman que es digna de admiración esta literatura.»

El pasaje es interesante y nos marca los principales jalones que cabe señalar en el influjo musulmán.

I. *El idioma.* De todos es sabido que el árabe, es después del latín, el cauce más copioso de que se nutrió el rico caudal del idioma español. Hoy, en más de media España, por no decir en toda, se ha reducido mucho el vocabulario de estirpe arábica; pero aun perdura firme su huella en centenares de voces, algunas de tan frecuente empleo como la preposición *hasta*, o la interjección *ojalá*

No refleja el español esfera alguna de la vida donde esa huella no se patentice; pero ésta cobra especial relieve, v. gr.: en nombres de la vida comercial (*quintal, fanega, azumbre, zoco, bazar, arancel*, etc.); en vocablos referentes a la edificación (*albañil, andamio, adobe, rincón...*); o a obras hidráulicas y la Agricultura (*acequia, noria, arroz, algarroba, azafrán, jazmín*, etc.); en palabras de la industria del vestido y adornos u otras: así *algodón, alfombra, ajorca, alpargata, tahona, alfarero, albarda*); en términos de objetos domésticos: como *almirez, azúcar, almohada*; de colores: *azul, añil, escarlata, carmesí*; de juegos y música: *ajedrez, trovador, tambor*, etc.; o en vocabulario de medicina y científico: *alferecía, guarismo, cero, cifra, alquimia, azogue, alcanfor...*

Y cientos y cientos más.

II. Pero, sin duda, la verdadera significación cultural la

adquiere nuestra España musulmana como *punto de enlace entre Oriente y Occidente y agente propagador de la cultura clásica* en la edad media.

¡Ex Oriente lux, ex Occidente lex! Del Oriente la luz, del Occidente la ley, se ha dicho. Hay quien piensa que Oriente y Occidente son dos términos antagónicos que jamás se encontrarán; mas para el gran historiador de la Ciencia George Sarton sería más prudente el considerarlos como dos aspectos, o mejor dos idiosincrasias del mismo hombre. (1)

Tres — afirma él — son las oleadas de espíritu oriental o las veces que el impulso creador llegó a nosotros del Oriente: la primera vino de Egipto y Mesopotamia, la segunda de Israel la tercera de Arabia y Persia.

Ahora bien, la España árabe fué la feliz reanudadora del lazo de unión entre Oriente y Occidente, que los bárbaros habían roto.

Tal fué su principal mérito, escribe Bertrand. (2) En adelante reábranse las rutas hacia las grandes ciudades de Africa, Egipto y Levante. Las caravanas toman de nuevo las calzadas romanas, que, a través de la Cirenaica y la Libia, conducen al Mogreb. Las flotas sarracenas vuelven a hallar el camino de los puertos españoles. Los tapices, las sedas, la orfebrería y las gemmas orientales afluyen a la corte de los califas y a los zocos de Córdoba. Si en el orden científico, filosófico y literario — concluye —, los musulmanes no añadieron gran cosa a la vieja herencia greco-latina; la aumentaron en el orden artístico y utilitario y en orden a las comodidades de la vida.

Mas tampoco en ese orden científico, filosófico y literario puede desconocerse el alto significado de nuestros compa-

(1) Vide *Oriente y Occidente en la historia de la ciencia*, en *Al-Andalus*, vol. II, 1954, p. 266.

(2) *Loc. cit.* p. 101.

triotas. Don Miguel Asín ha escrito—en un precioso artículo (1) que voy a resumir—que:

Mirada desde las cumbres de la generalización la historia de las ideas medievales aparece como un renacimiento de la filosofía griega y de la cultura clásica bajo la corteza de otras civilizaciones, y, principalmente, de la musulmana. No hay solución de continuidad en la vida del pensamiento colectivo. El renacimiento clásico operado en el siglo XV tiene ya sus precedentes en la alta y baja edad media. El islam oriental, heredero de la ciencia griega y del espíritu cristiano, es el encargado de ese primer renacimiento. En el espléndido califato de Bagdad resucitan, efectivamente, desde el siglo VIII varios sistemas neoplatónicos, impregnados de un intenso misticismo cristiano. Uno de ellos, el del Pseudo Empédocles, es introducido en España durante el siglo IX por un musulmán de estirpe española, Abenmasarra el cordobés. La escuela por él fundada perpetúase en Andalucía hasta el siglo XI, pasando luego a fecundar la síntesis panteísta y teosófica del murciano Abenarabi y sus seguidores, cuyas obras, divulgadas hasta nuestros días por los más remotos confines islámicos, llevan el espíritu «masarri», a las órdenes sufíes de la Persia y la India, e inspiran las extravagancias y supersticiones de las innumerables cofradías religiosas que hacen del imperio de Marruecos un inmenso convento sin clausura. La España musulmana fué así, desde Abenmasarra, la patria de los grandes místicos musulmanes—y aun judíos, con Avícebrón—, como siglos más tarde lo había de ser de los grandes místicos cristianos.

A esta primera corriente del renacimiento griego en el islam sucedió otra, principalmente aristotélica. Avícena en el Oriente fué su más eximio restaurador; pero también a nues-

(1) *Síntesis de la filosofía hispano-musulmana*, en *El Debate*, 20 enero 1929.

tra patria corresponde por Abenházam. Abenpace, Abentofail, Averroes y Maimónides, la gloria de haberla encauzado definitivamente.

Ambas corrientes fluyen paralelas durante algunos siglos en el mediodía español, hasta que, rompiendo el dique de los Pirineos, inundan los campos de Europa cristiana.

Esta fué la obra de la llamada *Escuela de traductores de Toledo*, fundada en el siglo XII por el arzobispo D. Raimundo. Bajo su dirección, un grupo de escritores (el arcediano Domingo Gundisalvo, el converso Juan Hispalense, etc.) vieron las obras más célebres de la ciencia árabe de Matemáticas y Astronomía, de Física y Alquimia, de Medicina e Historia Natural, de Filosofía, Moral y Política, el *Organón* de Aristóteles y las obras de Euclides, Ptolomeo, Galeno e Hipócrates, con glosas, compendios y notas de sabios árabes como Averroes, Avicena, Albatenio, etc., etc.

Quizá sea esta escuela toledana uno de los orígenes más remotos del gran Renacimiento, al arrojar en medio de la cultura medieval la semilla de la clásica. Para Renán, la introducción de los textos orientales divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente diversas.

Nuestra patria fué, pues, entonces por nuestros pensadores árabes y hebreos, el cerebro de Europa. A Toledo volvían sus ojos y dirigían sus pasos los escolásticos cristianos de la Europa entera, como siglos después orientaríanse hacia la Europa de los Médicis.

En el siglo XIII, dos escuelas cristianas, la franciscana y la albertino-tomista, encarnaron en sus sistemas la dirección de aquellas dos corrientes. Duns Escoto, legítimo heredero de Avicibrón y Abenmasarra, y Santo Tomás, continuador del espíritu de Aristóteles y de su «Comentador», pugnaron realmente por la victoria definitiva. El triunfo, como es sabido, correspondió al tomismo; pero lo que muchos ignoran o

afectan ignorar—por estimar que España jamás fué creadora de ciencia ni comunicó nada al mundo—es, concluye Asín, que las aceradas armas esgrimidas en las seculares luchas escolásticas, eran de legítima estirpe española, siquiera fuesen musulmanas o judías.

III. Apasionante es también el estudio del débito contraído por el mundo cristiano para con la España árabe *en el campo literario*. (1) Harto esfuerzo ha costado a D. Miguel Asín conseguir que su tesis acerca de las fuentes arábicas de la *Divina Comedia* se vaya imponiendo. Nos sería grato explicar el tema, así como aquel otro referente al influjo de las doctrinas del místico Abenarabi en el *Blanquerna* y otras de Raimundo Lulio, influjo hoy contradicho por doctos como el Obispo de Madrid, Señor Eijo. (2) Mas nos es forzoso limitarnos a rozar estos puntos de modo somero.

El momento culminante en la transmisión de la literatura árabe a la España cristiana es el reinado de Alfonso el Sabio. Conocidas son sus aficiones científicas y literarias, su taller de colaboradores cristianos, árabes y judíos, cuán ampliamente utilizó materiales árabes para la redacción de su *Crónica General*, cómo a iniciativa y espensas suyas se traducen la Biblia, el Alcorán, el Talmud, el *Calila e Dimna*, etc. No hay para qué insistir.

La perspectiva de esta cuestión de los vestigios árabes en los cuatro géneros literarios a que se concreta más especialmente tal influjo, es la siguiente:

A. DIDACTICA. Lo que podríamos llamar catecismos político-morales de la época de Fernando III y su hijo, del tipo del *Bonium* o Bocados de oro, son en su inmensa mayoría colecciones sentenciosas conocidas a través de redacciones arábicas.

(1) Cf. especialmente González Palencia, *Historia de la literatura arábica española*, ed. Labor, 1928, p. 286 y sigs.

(2) Vide in Francisco Sureda, *El Beato Ramón Lull*, Madrid, 1954.

B. NOVELISTICA. Traducciones árabes difunden por Europa las tres famosas manifestaciones del apólogo oriental, el *Calila*, que aquí dejó tan profunda huella en D. Juan Manuel, en Sánchez de Vercial, etc.: el *Sendebár*, de subido interés para los folkloristas y traducido de orden del infante don Fabrique; y el *Barlaam y Josafat*, versión árabe de la leyenda de Buda, cuya influencia en el propio Juan Manuel es notoria.

Hablar de cuestiones tan interesantes para la literatura comparada como el influjo arábigo en la primera novela caballeresca, el *Caballero Cifar*; la popularización del cuento de la Doncella Teodor, de *Las mil una noches*, y de tantos otros, nos llevaría demasiado lejos.

C. EPICA. Parece muy probable, según estudió Ribera, la existencia de una épica popular romanceada, que debió florecer en Andalucía en los siglos IX y X. Vestigios suyos los encuentra en los primeros historiadores árabes de la Península, y bien pudo darse el influjo de esta época andaluza en la nuestra y aun en la francesa.

D. LÍRICA. En su trabajo a propósito del cancionero de Abencuzmán, afirma el tantas veces citado Prof. Ribera, que la explicación del mecanismo de las formas poéticas de la edad media se halla en la lírica andaluza. Al menos los metros típicos de esta poesía, *zéjel* y la *mohaxaha*—métrica iniciada por un ciego de Cabra, Mocádem, en los linderos del siglo X—, ocurren en las Cantigas, en las canciones escolares del Arcipreste de Hita, en numerosos poetas del Cancionero de Baena y en alguno de los incluidos por Barbieri en su Cancionero musical. En él se leen bellas muestras de *zéjel*, como la conocida:

Tres morillas me enamoran

en Jaén:

Axa, Fátima y Marien.

Tres morillas tan garridas

Iban a coger olivas.
Y hallábanlas cogidas
en Jaén
Axa, Fátima y Marien...»

Y junto con la letra de las canciones, pasaba, al parecer, su música a las Cantigas del Rey Sabio, a los cantos de los trovadores y de los Minnesinger.

No olvidemos tampoco los cortos poemas del Romancero, que recuerdan tantas veces por el carácter de su inspiración las poesías andaluzas. Hasta el siglo XVII alcanza la supervivencia de esas formas líricas. Podríamos seguirla, v. gr., en Calderón, y así mismo cabría probar que los refinamientos de un Góngora son eco de los retóricos y versificadores árabes, y volver a encontrar en los improvisadores populares de la Sevilla actual y sus famosas saetas, las proezas verbales de los repentizadores moros de la época de Ben Ammar, Almotámid y su amante Romaiquía.

Lamento no tener a mano la colección de *Poemas árabe andaluces* que García Gómez vertió, pues hubiera deseado haceros gustar algunas de sus poesías como la bellísima de Abenxoháid de Córdoba titulada *La Tormenta*. No resisto, sin embargo, a la tentación de comunicaros algunas de las admirables comparaciones—de sabor bien actual—que de ellas recuerdo:

Abensara de Santarén canta la Berenjena, que «ceñida por el caparazón de su peciolo, parece un rojo corazón de cordero entre las garras de un buitre».

Abendarrach de Jaén, habla de la Azucena y «sus castillos con almenas de plata, donde los defensores, agrupados en torno del príncipe tienen espadas de oro».

En la poesía de Cadi Iyad, *Las mieses*, leemos que semejan, inclinadas al viento «escuadrones de caballería que huyen derrotados, sangrando por las heridas de las amapolas».



Y en fin—por no alargarme demasiado—Abenjaruf de Córdoba en su poesía el *Mancebo sastre* nos dice que su aguja «revoloteando sobre el vestido de seda que cose parece una estrella errante seguida del rastro de luz del hilo». (1)

IV. *Bellas Artes*. En *Música* ya hemos aludido a la tesis de los estudios de Ribera, que entronca la música popular cristiana y la popular, hoy difundida por todas las regiones españolas y aun por gran parte de los pueblos europeos, con la música árabe oriental trasplantada a la España musulmana por Ziriab, el ya citado famoso cantor del tiempo de Harún Arraxid. No cabe analizemos ahora tales estudios que algunos musicólogos califican hoy de audaces y fantásticos.

En *materia artística* la influencia de los árabes fué, ciertamente, considerable, consistiendo su gran originalidad, como alguien ha dicho bien, por haber aliado la gracia ligera y la fantasía de los orientales a la solidez y euritmia latinas. Ellos nos enseñaron a los occidentales la fantasía de las formas, la gracia de las líneas curvas, el encanto misterioso del arabesco.

Todos conocéis sus producciones más selectas: la esbelta Giralda, antiguo minarete inspirado, como todos ellos, por la arquitectura de los zigurats caldeos, y emparentado, por tanto, con la bíblica torre de Babel. Luego la Mezquita cordobesa, cuyo ensoñador bosque de columnas cantó Edmundo de Amicis. Y en fin la Alhambra: tierra bermeja, bien española, pero blanco y multicolor, el verde de jazmines y cipreses y el rumor de las aguas más cantarinas de España, han dado origen a ese prestigio sin par, que en vano buscaréis en parte alguna del mundo.

(1) Véase con cuanta inexactitud afirma Bertrand, *los cit.*, p. 135. «ce sont toujours les mêmes métaphores voyantes et banales». Tampoco hallo exacta la afirmación de los que sostienen (cf. García Gómez) que la metáfora sigue en la poesía arábiga una gradación ascendente: el hombre es comparado al animal, el animal a la flor, etc. Observad lo contrario en las citadas.

Ha estado de moda enfrentar el genial monasterio escorialense—en que se quiere simbolizar la fantasía demente de un supuesto déspota fanático y cruel y una odiada España inquisitorial, árida y seca como un pudridero—con la Alhambra granadina, fresca fantasía alada creada en una noche por las hadas del Islam. Y cuando se quiere rectificar tan caprichosa contraposición y vindicar nuestra Patria, como en Louis Bertrand, se invierte el tópico; se rebaja la quebradiza y frágil—pero no por eso menos enhechizadora—creación meridional, para realzar la eterna armonía de líneas de la mansión del más grande de nuestros monarcas; llegándose a escribir que es «hora ya de limpiar un poco nuestra historia de tanta podre y de tanto morito. Hora es ya de que la dicha Alhambra se quede en lo que debe ser, un modelo de artística decoración para colmados con aperitivo de aceitunas. Y de saber que El Escorial significa cabalmente lo contrario, porque El Escorial es Europa».

Yo protesto rotundamente contra esta vulgaridad de un brillante escritor y esteta español (1), mucho más ecuánime y certero en otros momentos. Son siempre los eternos bandazos, que nos van deshaciendo en la historia. Es la misma cerril incomprensión de tanto mal vasco, catalán u otros regionales, incapaces de sentir lo bello y lo grande de pueblos que no sean el suyo. Jamás lo comprendí. Los que castellanos de pura cepa, sentimos hondo la belleza de nuestros campos, sus dilatadas besanas, el recortarse de sus chopos y pinares en la más diáfana de las atmósferas con sus velazqueñas montañas, azuladas o cárdenas, al fondo, y sabemos a la vez extasiarnos, en el mimoso y suave paisaje de Galicia o Asturias, por ejemplo, no acertamos a entender a esos desdichados mutilados de espíritu, que no saben gustar sino el prado verde en que nacieron. Y mientras no formemos ciudadanos capaces de sentir y gozar a España en toda su estupenda variación, que constituye su máxima hermosura, no habremos

(1) E. d'Ors en un artículo de *El Debate*.

resuelto el problema de la unidad de la Patria, que todos soñamos.

Y en la esfera del arte, la persona cuyo sentimiento artístico permanezca inerte ante El Escorial o el Alcázar granadino, quien para exaltar al uno haya de denigrar al otro, no tiene sino media alma española, Porque hay que pregonar hasta la saciedad que ese arte de la Giralda, la Alhambra y la Mezquita, si puede llamarse musulmán o árabe, con mayor justicia aun se puede y debe denominar español. Es un arte inventado y practicado por españoles, aunque musulmanes. Los elementos dispersos que—de Siria, Mesopotamia, Egipto—las huestes de Mahoma aportaron acá en el aluvión de su cultura y aquel concepto nuevo de la vida que traían, en la tierra y clima deliciosos de nuestra Andalucía, produjeron—como su creación más original—ese sin igual arte hispano-árabe, que se distingue (con sus estalactitas de yeso pintado, variedad de mosaicos o azulejos de reflejos de oro) por la decoración fastuosa, un poco femenina en la riqueza y el mimo del detalle, pero admirable en su conjunto.

No hay tiempo para hablar del MUDEJAR, o arte de los alarifes moros que vivían en la España cristiana, el cual, adoptado en toda ella en los siglos XIII al XV, produjo maravillas como esas martirizadas torres de San Martín y San Salvador de Teruel y tantos otros monumentos que con dolor omitimos. Ni podemos tratar de si este arte obró sobre el gótico (como en la capilla de San Jorge de Barcelona) a la vez que el gótico operaba de él. Bertrand señala que la acción del mudejar no fué siempre feliz, pues condujo a los españoles a rivalizar con él su recargamento y complicación decorativas, citando como ejemplo el Pórtico de la catedral nueva salmantina, que muestra cómo la preocupación de rivalizar con el arabesco condujo a los escultores cristianos a excavar el mármol—la piedra sería más exacto decir—cual los moros excavaban el yeso, de suerte que no quedase, sobre un muro, la menor superficie vacía de ornatos.

V. Vamos aquilatando, pues, influencias árabes en la lengua, la filosofía y la ciencia, la literatura y las bellas artes españolas. Si pasamos al terreno de las *instituciones*, el influjo entre ambos pueblos es amplio y evidente, (1) Así los monarcas cristianos se preocupan de conservar el aparato administrativo árabe en las comarcas rescatadas y mantienen la *aduana* con su *almojarife* y funciones idénticas, y respetan las *alcabalas* o gabelas, el *azaque* o limosna legal, la *quinta* del botín de guerra, y otros diversos impuestos. Quizá no cabía hacer otra cosa, ya que la percepción de tributos seguía conferida a los judíos.

En la organización judicial hay cargos de pronta imitación, como el *zalmedina*, especie de alcalde de casa y corte medieval, que ocurre en las ciudades cristianas desde los comienzos de la reconquista. Otros son, en cambio, de imitación tardía, cuando ya el empleo había degenerado, tal el de *alguacil* o visir, primitivamente ministro en Oriente con poder delegado del Rey, y en España, antes de los reinos de Taifas, encargado de los asuntos del despacho real. La propia magistratura, tan interesante y estudiada por Ribera, del *Justicia mayor de Aragón*, desciende, según su teoría, del denominado *sahibalmadalim* o juez de las injusticias del califato; jueces ambos de contrafuero, ejercían su omnimoda jurisdicción por delegación directa del sultán o del rey,

Y si en el orden militar nos fijásemos, el *adaliid* o guía del ejército cristiano recordándonos está al *adaliid* árabe; el *alférez* cristiano portador del pendón real al *alfaris* árabe, simple caballero del ejército, sin mentar tantos otros términos como *rebato*, *rábida*, *alcaide*, *atalaya*, *adarves*, *almenas*, etcétera.

VI. No obstante, para Bertrand, ha sido mayor la influencia de los árabes y de los bereberes de Africa sobre el carác-

(1) Vid. González Palencia. *Hist. Esp. musul.* p. 196-199.

ter español. Se puede sostener—afirma (1)—que, a su contacto, los españoles se han medio arabizado o africanizado.

Aunque no estemos conformes con las apreciaciones del académico francés, que a veces deja traslucir en ellas, con la mejor buena fe, atávicos restos de la Leyenda negra, tienen cierto interés y las recogeremos someramente. Señala, pues, que nos han transmitido estos malos ejemplos:

1. Su individualismo excesivo; sus hábitos de indisciplina y anarquía que hicieron que los jefes árabes jamás pudieran entenderse. (Esta nota española es ya ibérica...)

2. La versatilidad africana y asiática, (2) sus tortuosas astucias, su duplicidad en los contratos.

3. La sed del oro, la rapacidad sanguinaria, la caza del tesoro oculto, descubierto aun mediante torturas. (Fácil sería responder a ambas notas, señalando ejemplos en otros muchos pueblos).

4. El parasitismo de los moros y los nómadas africanos: la costumbre de vivir sobre las tierras del vecino, la razzia elevada a la categoría de una institución, etc., etc., devastaciones, crueldades, esclavitud del enemigo vencido...

5. El fanatismo: el considerarse como el país elegido por Dios. (Alguna brillante página de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, daría cumplida respuesta a esta supuesta nota específica española.)

Y 6. Como los moros, los españoles conocerán los celos de la mujer secuestrada y velada. Las rejas y las dueñas reemplazarán al harén y los eunucos. La misma lujuria secreta y frecuentemente sanguinaria, la misma facilidad en tomar mujeres extranjeras. (?)

(1) *Loc. cit.* ps. 302-306.

(2) El culto General Aranda, tan conocedor del pueblo musulmán, rebatió brillantemente esta supuesta característica, exaltando ejemplos admirables de fidelidad del moro al mismo egregio defensor de Oviedo ocurridos.

He aquí un tópico más que conviene deshacer. Y ha sido precisamente un sacerdote español, el Profesor Asín, quien se ha alzado con mayor brío contra lo que él llama «el prejuicio» de la sensualidad y del amor árabe. Quien desee documentarse en este punto, que lea las páginas del maestro fundadas en el delicado y casto «*Libro del amor* del genial pensador hispano-árabe Abenházam, aquel fecundo polígrafo que en su *Historia crítica de las religiones, herejías y escuelas*, se anticipó en más de ocho siglos a los críticos alemanes del siglo XIX. Aquí me limitaré a agregar que el «tópico vulgar» del sensualismo grosero de la raza árabe — hoy tan explotado por los rojos españoles en sus infames campañas y no ajena a muchos rubicundos o enrojecidos del mundo entero — lo considera Asín tan inconsistente como el mito no menos extendido (léase aquí al mismo Bertrand) de la incapacidad de la raza semítica para los estudios filosóficos.



A lo largo de esta disertación habéis podido apreciar cuánta fué la influencia que el medio, ambiente y clima españoles ejercieron en el pujante renacer de la cultura arábiga. Sin embargo, así como la labor ingente de cerca de un siglo realizada por los arabistas españoles, prestando servicios incalculables al prestigio internacional de nuestra Patria, han sacado a luz los influjos de la cultura y de las instituciones hispano musulmanas en el mundo cristiano, échase menos hoy al investigador que, a la inversa sienta la tentación de aquilatar la influencia ejercida en la cultura y las instituciones hispano-árabes por la herencia gótica española.

Comprenderéis, señores, que ni mi falta de preparación suficiente y mucho menos la premura con que he tenido que improvisar esta lección, me permiten acometer hoy aquí tan necesaria tarea. Voy, pues, a limitarme a unas ligeras consideraciones sobre la materia.

Desde luego no es aventurado suponer que ese influjo debió ser considerable, atentas las circunstancias en que la conquista española, como hemos visto, se verificó; reducida minoría de los conquistadores, absorbidos muy temprano por los peninsulares, inferioridad cultural de aquellas tropas respecto a éstos, etc., etc. Además, esa minoría venía ya influida por la tradición romano-mediterránea común a los hispanos, y el califato cordobés se asentó en las tierras menos germanizadas y más romanizadas de Iberia, de clima y vegetación parejas de todas las que bordeaban el viejo mar greco-latino.

Todo ello hace menos aventurada la suposición del aludido influjo de la herencia española anterior a la entrada del Islam en escena.

Hemos mentado ya, de pasada, no pocas muestras. Mas no son las únicas. Gómez Moreno probó el abolengo gótico del arco de herradura, que se tenía como característica del arte musulmán. Ribera admitía también el origen hispano de ciertas formas literarias de las letras árabe-españolas. Y uno de nuestros medievalistas, a quien seguimos en esta parte, afirma que dicha tradición española debió proseguir ininterrumpida lo mismo en el arte que en otras muchas actividades conducentes a satisfacer primarias necesidades de la vida, habitación, comida, industrias, riegos, cultivos, comercio, comunicaciones, costumbres, fortificaciones, náutica.

En corroboración podría citarse como ejemplo la industria de la seda, que hoy sabemos era conocida en España siglos antes de la invasión musulmana; o bien el arte de cultivar y regar la tierra, atribuido a los árabes por una vulgar opinión compartida incluso por historiadores serios y cuya falsedad nos sería tan fácil patentizar.

(1) En «Academia de la Historia, Discursos leídos en la recepción pública de D. Agustín Millares...» Madrid, 1935, pág. 108 y ss.

Por otro lado, hay datos de los historiadores hispano-árabes que permiten afirmar que en la España musulmana no dejaron de perdurar instituciones de abolengo romano o visigodo; así el *cursus publicus* o servicio de postas, el régimen señorial de la gran propiedad y el sayonado. Ribera mismo sospechó ya vestigios del sistema judicial hispano-godo en la curia de los jueces de Córdoba.

Por eso, el aludido medievalista atrevese a afirmar que tal vez un día pueda demostrarse que la España musulmana conservó más fielmente la tradición hispano-romana, de abolengo mediterráneo, que la España septentrional, cristiana y europea. Y añade que la peculiar organización del Estado hispano-árabe, la economía dineraria que triunfa en Alándalus, la vida urbana que en ella florece y el tráfico marítimo que alcanza en sus costas esplendor extraordinario. Por citar sólo fenómenos sociales, políticos y económicos de gran monta, son otros tantos casos de perduración del mundo antiguo en la España islamizada, que no hallan paralelo posible en el reino astur-leonés, ni en los reñecillos pirenaicos.

Paréceme que las consideraciones anteriores habrán llevado a vuestro ánimo la convicción de cuán provechosas resultaron en la Historia el maridaje y la hermandad hispano-musulmanes.

Bertrand, (1) tan poco sospechoso como puede serlo nunca un francés, por hispanófilo que sea, llega a asentar esta rotunda afirmación, que es como para que musulmanes y españoles meditemos despacio:

«Desde que el Africa islámica fué cortada de la España católica y latina, nada ha dado más, ni como arte, ni como literatura ni como ciencia. El Islam occidental no ha conocido la civilización sino en tanto en cuanto ha sido español».

(1) *Obra cit.*, p. 12.

¡Calculad, pues, cuánto no cabe hoy esperar en esta España y Marruecos, unos, grandes y libres, cuando, nuevamente hermanados nuestra Patria católica y latina y el Islam marroquí, emprendan de nuevo rutas comunes de gloria y de triunfo!

No estamos tan conformes con otra de las apreciaciones de ese autor al acabar la Introducción de su sugestiva *Histoire d'Espagne*. Afirma allí que sería grave error el creer que el papel del Islam ha terminado, siendo de temer que cuando sus jefes observen una coyuntura semejante a la que les trajo a España, la aprovecharán, con todas las armas de nuestra civilización decadente y todas las energías del bárbaro, para invadir una vez más a Europa.

Así puede pensar un francés, un inglés u otro extraño cualquiera. ¡Jamás un español! Precisamente la gran lección que Franco y España y su Ejército están dando al mundo, es, a mi juicio, el demostrar paladinamente, que nuestra Patria no ha agotado todavía sus entrañas y genio de gran civilizadora de pueblos y sabe aún elevarlos tanto que logra—incluso por encima de toda diferencia racial, religiosa, etc.—identificarlos consigo, en unas mismas ansias de cultura y espiritualidad; probando, además, que no es del Oriente islámico de donde esta Europa decrepita puede temer el golpetazo de muerte, sino más bien de ese otro orientalismo moscovita con el que aparecen uncidos Francia y sus colegas, diciéndose defensores de una civilización putrefacta y falaz.